



Misa Crismal 2007

Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha unguido.

La relación de Jesús con el Espíritu viene expresada en el Evangelio de Lucas mediante el anuncio del ángel a María (1,35), mediante el descenso del Espíritu en el momento del bautismo (3,22) y con las declaraciones del capítulo 4: *“lleno de la fuerza del Espíritu”, “conducido por el Espíritu”, “con la fuerza del Espíritu”* y *“El Espíritu del Señor está sobre mi”* (v. 1.14. 18). Lucas declara de esta forma que con Jesús están actuando y son visibles en el mundo y en la historia el poder y la justicia de Dios, y que con Él han llegado los tiempos nuevos.

Lucas ofrece una versión breve y modificada del texto de Isaías que se encuentra en la traducción de los Setenta. Se salta la frase *“para curar los corazones desgarrados”* y la referencia al *“día del desquite de nuestro Dios”*. Además, añade *“para libertar a los oprimidos”*, tomado de Is 58, 6. La versión de Lucas presenta el contenido de la enseñanza para la que es enviado Jesús con rasgos de un Mesías profeta. El ofrecimiento de Jesús, como buena noticia para los pobres, es el don de la vida renovada que trae consigo el año de gracia del Señor. Los signos de este año de gracia son la liberación de toda esclavitud y la curación de la ceguera con la luz de la verdad, que nos hace libres. El año de gracia es todo el tiempo mesiánico, que empieza con la historia de Jesús y terminará con la parusía. La gracia es la salvación que Dios ofrece gratuitamente en Cristo y por Cristo.

El profeta Isaías, unguido y enviado por el Espíritu de Dios, esperaba como fruto de su misión la renovación del Pueblo de *“Sacerdotes del Señor”* y servidores fieles del Dios de la Alianza, llamado a ser signo para los demás pueblos; para que reconozcan en Israel *“la estirpe que hizo el Señor”*. Jesús se presenta a sí mismo como lleno del Espíritu, como Unguido; es el Cristo Mesías. Él es el verdadero anunciador del Evangelio a los pobres, que da la vista a los ciegos. Él es el verdadero Siervo de Dios, que viene a cargar con los pecados del pueblo para dar libertad a todos los oprimidos y hacer presente el año de gracia del Señor, para realizar en plenitud la salvación prometida por Dios. Jesús es el Hijo entregado por Dios como gloria de Israel y como Salvador *“presentado ante todos los pueblos”* y *“luz para alumbrar a las naciones”* (Lc 2, 30-32).

El himno litúrgico que recoge el texto del Apocalipsis es una bendición trinitaria. La misericordia de Dios se prolonga a lo largo de toda la historia de la salvación, porque Dios es amor eterno. Jesucristo, el testigo fiel y obediente, *“Aquel que nos amó”*, lleva a culminación en su cruz y resurrección el amor de Dios a este mundo. Con su sangre ha redimido el pecado del mundo y nos ha reconciliado con Dios; *“nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios”*. Por ello, todos *“mirarán al que*



traspasaron” (Jn 19,37). Y el Espíritu Santo es sugerido con el símbolo de los siete espíritus que están ante el trono de Dios; es la plenitud del amor de Dios, que se manifiesta en el Ungido, en Jesús.

De la fuente del amor trinitario nace el pueblo sacerdotal redimido con la sangre de Cristo. Por ello, la Iglesia del Apocalipsis proclama agradecida su elección gratuita por el Amor de Dios. Y lo hace en medio del mundo y frente a los poderes que la acosan y persiguen. El reino es de Dios y de su testigo fiel, y la Iglesia lo quiere anunciar con cantos y con el testimonio hasta dar la vida. La confesión de fe de la comunidad es martirial, como corresponde a su condición de pueblo redimido con la sangre de Cristo.

Hoy se cumple en la Iglesia de Cristo en Salamanca la Escritura que acabamos de oír, porque la consagración y misión de Cristo por el Espíritu Santo son la fuente viva de donde brotan la consagración y la misión de la Iglesia, plenitud de Cristo (cf Ef 1,23). “Con la regeneración bautismal descende sobre todos los creyentes el Espíritu del Señor, que los consagra para formar un templo espiritual y un sacerdocio santo y los envía a dar a conocer los prodigios de Aquel que, desde las tinieblas, los ha llamado a su luz admirable (cf 1 Pe 2,40.” (PDV 18). Así lo expresa la oración colecta de hoy: “por la unción del Espíritu Santo constituiste a tu Hijo Mesías y Señor, y a nosotros mismos, miembros de su Cuerpo, nos haces partícipes de su misma unción.”

El cumplimiento de la Escritura en cada hoy de nuestra historia diocesana acontece realmente para todos los fieles en la celebración de los sacramentos, y de forma eminente en el sacramento de la Eucaristía. Por ello, en el marco de la celebración de la Eucaristía vamos a bendecir hoy el óleo de los catecúmenos y de los enfermos y consagraremos el crisma, signos sacramentales para los sacramentos de la unción de enfermos, el bautismo, la confirmación y el orden sagrado.

Los sacerdotes nos hallaremos así en la fuente de nuestra existencia sacerdotal y ante el campo de ejercicio nuestro ministerio. Y escucharemos referida a nuestra consagración y misión sacerdotal la palabra de Jesús: “*Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír*”.

En la víspera de la conmemoración de la institución de la Eucaristía y del Sacramento del Orden, vamos a renovar las promesas de nuestra ordenación sacerdotal, con la voluntad de **unirnos más a Cristo y de configurarnos con él, renunciando a nosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los deberes que, por amor a Cristo, aceptamos gozosos el día de nuestra ordenación para el servicio de la Iglesia.**

La luminosa exhortación apostólica “*Sacramentum Caritatis*” puede enardecer nuestros corazones en el amor de Cristo y abrirlos a una más profunda comprensión de la verdad de nuestro ministerio.



“La Santísima Eucaristía, escribe Benedicto XVI, es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En este admirable Sacramento se manifiesta el amor ‘más grande’, aquél que impulsa a ‘dar la vida por los propios amigos’ (cf. Jn 15,13). En efecto, Jesús ‘los amó hasta el extremo’ (Jn 13,1).

En el sacramento de la Eucaristía “**el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad.** Puesto que solo la verdad nos hace auténticamente libres (cf Jn 8, 36), Cristo se convierte para nosotros en el alimento de la verdad... El Señor Jesús...se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida, al corazón que mendiga la Verdad... En particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios. Esta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre.” (SC 2)

“**Cristo mismo, en el sacrificio de la cruz, ha engendrado a la Iglesia como su esposa y su cuerpo.** Los Padres de la Iglesia han meditado mucho sobre la relación entre el origen de Eva del costado de Adán mientras dormía (cf. *Gn* 2,21-23) y de la nueva Eva, la Iglesia, del costado abierto de Cristo, sumido en el sueño de la muerte: del costado traspasado, dice Juan, salió sangre y agua (cf. *Jn* 19,34), símbolo de los sacramentos. El contemplar « al que atravesaron » (*Jn* 19,37) nos lleva a considerar la unión causal entre el sacrificio de Cristo, la Eucaristía y la Iglesia. En efecto, la Iglesia « vive de la Eucaristía »...La Eucaristía es Cristo que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo. Por tanto,... la Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo presente en la Eucaristía precisamente porque el mismo Cristo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la Cruz... ‘Él nos ha amado primero’ (*1Jn* 4,19).” (SC 14)

La Eucaristía tiene una relación necesaria con el sacramento del Orden que “se desprende de las mismas palabras de Jesús en el Cenáculo: « haced esto en conmemoración mía » (*Lc* 22,19). En efecto, la víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo *el sacerdocio de la nueva Alianza*. Él es sacerdote, víctima y altar: mediador entre Dios Padre y el pueblo (cf. *Hb* 5,5-10), víctima de expiación (cf. *1 Jn* 2,2; 4,10) que se ofrece a sí mismo en el altar de la cruz. Nadie puede decir « esto es mi cuerpo » y « éste es el cáliz de mi sangre » si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza (cf. *Hb* 8-9).” (SC 23).

“En el servicio eclesial del ministerio ordenado es Cristo mismo quien está presente en la Iglesia como Cabeza de su Cuerpo, Pastor de su rebaño, sumo sacerdote del sacrificio redentor” (CEC 1548). Y el ministro ordenado « actúa también en nombre de toda la Iglesia cuando presenta a Dios la oración de la Iglesia y sobre todo cuando ofrece el sacrificio eucarístico ».(CEC 1552). Es necesario, por tanto, que los sacerdotes sean conscientes de que nunca deben ponerse ellos mismos o sus opiniones en el primer plano de su ministerio, sino a Jesucristo. Todo intento de ponerse a sí mismos como protagonistas de la acción litúrgica contradice la identidad sacerdotal. Antes que nada,



el sacerdote es servidor y tiene que esforzarse continuamente en ser signo que, como dócil instrumento en sus manos, se refiere a Cristo. Esto se expresa particularmente en la humildad con la que el sacerdote dirige la acción litúrgica, obedeciendo y correspondiendo con el corazón y la mente al rito, evitando todo lo que pueda dar precisamente la sensación de un protagonismo inoportuno. Recomiendo, por tanto, al clero profundizar siempre en la conciencia del propio ministerio eucarístico como un humilde servicio a Cristo y a su Iglesia. El sacerdocio, como decía san Agustín, es *amoris officium*,⁷⁴ es el oficio del buen pastor, que da la vida por las ovejas (cf. *Jn* 10,14-15).” (SC 23).

Esta es la actitud fundamental que ha de hacer a los presbíteros maestros en el *arte de celebrar*, para armonizar la obediencia fiel a las normas litúrgicas con el logro de la más fructuosa participación exterior e interior de los fieles en la celebración de los misterios de la fe, de manera que la mejor catequesis mistagógica sea una buena celebración. Para este fin, el *ars celebrandi* ha de favorecer el sentido de lo sagrado y el uso de las formas exteriores que educan para ello, como, por ejemplo, la armonía del rito, los ornamentos litúrgicos, la decoración y el lugar sagrado, la atención a todas las formas de lenguaje previstas por la liturgia: palabra y canto, gestos y silencios, movimiento del cuerpo, colores litúrgicos de los ornamentos. En efecto, la liturgia tiene por su naturaleza una variedad de formas de comunicación que abarcan todo el ser humano. (SC 38)

El Concilio Vaticano II ha recordado que « los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo. Así, los hombres son invitados y llevados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas junto con Cristo » (PO 5). La Iglesia, que es sacramento universal de salvación, “*se recibe* y al mismo tiempo *se expresa* en los siete sacramentos, mediante los cuales la gracia de Dios influye concretamente en los fieles para que toda su vida, redimida por Cristo, se convierta en culto agradable a Dios.” (SC 16). A este fin se ordena la actividad específica del ministerio sacerdotal.

Las palabras de Jesús “*El que me come vivirá por mí*” (*Jn* 6,57) indican que **la vida cristiana ha de tener forma eucarística**, es decir, que el misterio creído y celebrado en la Eucaristía es principio de vida nueva en nosotros y forma de nuestra existencia cristiana como vida en Cristo. Las palabras de la carta de San Pablo a los Romanos expresan cómo la Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios: “*Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; este es vuestro culto razonable*” (*Ro* 12,1).

“El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola: «Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de



Dios» (*1 Co* 10,31). El cristiano está llamado a expresar en cada acto de su vida el verdadero culto a Dios. De aquí toma forma la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana. La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. *Rm* 8,29 s.). Todo lo que hay de auténticamente humano – pensamientos y afectos, palabras y obras – encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud. Aparece aquí todo el valor antropológico de la novedad radical traída por Cristo con la Eucaristía: el culto a Dios en la vida humana no puede quedar relegado a un momento particular y privado, sino que, por su naturaleza, tiende a impregnar cualquier aspecto de la realidad del individuo. El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios. La gloria de Dios es el hombre viviente (cf. *1 Co* 10,31). (SC 71).

“La forma eucarística de la existencia cristiana se manifiesta de modo particular en el estado de vida sacerdotal. La espiritualidad sacerdotal es intrínsecamente eucarística. La semilla de esta espiritualidad se puede encontrar ya en las palabras que el Obispo pronuncia en la liturgia de la Ordenación: « Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor ». ²²² El sacerdote, para dar a su vida una forma eucarística cada vez más plena, ya en el período de formación y luego en los años sucesivos, ha de dedicar tiempo a la vida espiritual. ²²³ Él está llamado a ser siempre un auténtico buscador de Dios, permaneciendo al mismo tiempo cercano a las preocupaciones de los hombres. Una vida espiritual intensa le permitirá entrar más profundamente en comunión con el Señor y le ayudará a dejarse ganar por el amor de Dios, siendo su testigo en todas las circunstancias, aunque sean difíciles y sombrías. Por esto, junto con los Padres del Sínodo, recomiendo a los sacerdotes « la celebración cotidiana de la santa Misa, aun cuando no hubiera participación de fieles ». ²²⁴ Esta recomendación está en consonancia ante todo con el valor objetivamente infinito de cada Celebración eucarística; y, además, está motivado por su singular eficacia espiritual, porque si la santa Misa se vive con atención y con fe, es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la conformación con Cristo y consolida al sacerdote en su vocación” (SC 809).

La forma eucarística de nuestra existencia sacerdotal nos capacita para asumir gozosamente la misión de Jesús, enviado del Padre para la redención del mundo (cf *Jn* 3, 16-17; *Ro* 8, 32), ofreciéndole lo que necesita: el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a los demás (cf SC 84). Cuanto más vivo sea nuestro amor por la Eucaristía, tanto más clara tendremos la tarea de la misión: *llevar a Cristo*, y la forma de realizarla. No transmitimos una idea o una ética inspirada en Él, sino el don de su misma Persona. (cf SC 86).



Carlos López Hernández

Estamos llamados a **ofrecer al mundo el misterio de la Eucaristía** en representación de Jesús que nos ha dicho: “*El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*” (Jn 6,51).

“Con estas palabras el Señor revela el verdadero sentido del don de la propia vida por todos los hombres y nos muestra también la íntima compasión que Él tiene por cada persona. En efecto, los Evangelios nos narran muchas veces los sentimientos de Jesús por los hombres, de modo especial por los que sufren y los pecadores (cf. *Mt* 20,34; *Mc* 6,54; *Lc* 9,41)... Cada celebración eucarística nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que ‘consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo` (Deus caritas est, 18). De ese modo, en las personas que encuentro reconozco a hermanos y hermanas por los que el Señor ha dado su vida amándolos ‘hasta el extremo` (*Jn* 13,1). Por consiguiente, nuestras comunidades... han de ser cada vez más conscientes de que... la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse pan partido para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno. Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos a comprometerse en primera persona: ‘dadles vosotros de comer` (*Mt* 14,16). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo.*” (SC 86). El compromiso por la justicia en el mundo es un elemento constitutivo de la “coherencia eucarística de la vida cristiana y de la misión que tiene su fuente en la Eucaristía.

Que el Señor acepte hoy el compromiso renovado de nuestra consagración sacerdotal y transforme nuestra existencia y ministerio, junto con el pan y el vino, en sacramento de su entrega para la vida del mundo.